

Reducido y controlado...



De edad indescifrable (¿Ocho años? ¿Quince? ¿Veinticuatro?). Casi todos los días paseaba su flacura extrema, en los pasillos anónimos del gris hospital. Solo caminaba, caminaba, caminaba, sin rumbo y sin salir del nosocomio. Como si algo dentro de él, clamase por una ayuda que su boca, no se atrevía a pedir.

Ojos hundidos. Osamenta con piel. Pantalón flameando, cual bandera de la miseria y del abandono más ruin. Cabellos y piel, patinados en una capa de mugre que se hundía, en su lejano pasado de carencias.

Era rubio, de ojos tan azules como el cielo después de haber llovido. Un piolín le sujetaba el pantalón. Los dedos de sus pies, saludaban el frío del invierno, desde las ventanas abiertas de sus zapatillas roídas. Un pullover, gris de color y gris de mugre, endurecido con el barniz del olvido, mitigaba el frío en aquellas partes donde no tenía agujeros.

- *Es un drogadicto... Se “baja” veinte “pacos” por día. Junta “puchos” por los pasillos, para rellenar con tabaco el “paco”... - lo “encasilló” uno de los camilleros de la Guardia de Emergencias, cuando pregunté.*
- *“¿Paco...?” ¿Qué es un “paco”? – necesité que me explicaran. Y así aprendí que se trataba de un pequeño tubo de metal, hecho con una antena de televisor o el tubo central de un paraguas, relleno con un pequeño fragmento de esponja metálica. Una especie de pipa de metal, en la que arde el sarro de la cocaína, raspado del fondo de las ollas, donde se la prepara. Basura de basura... Veneno del cuerpo y de las almas.*
- *Alguien me dijo, que lo conoce. Que se llama Rogelio... No sé, si será cierto, pero me dijeron que tenía cursado el tercer año de Filosofía y Letras... ¡Vaya a saber! – dudaba la Asistente Social, como si algo bueno fuera imposible que existiese en el pasado de ese “muerto en vida”, que cual fantasma perdido, deambulaba y deambulaba.*
- *¿¿El loquito del pasillo...?! Mientras no haga destrozos o alguien se queje, nosotros no podemos intervenir – intentó salvar su responsabilidad, el guardia de vigilancia, en la puerta central.*

Maquinaria fría y aceitada. Papeles y expedientes por encima de intenciones, de obras, o de la misericordia más elemental. Parecer, mejor que ser. Demostrar con papeles, mucho mejor que hacer. Hipócritas, en la casa de Hipócrates. Cinismo destilado, gota a gota, envenenando a una sociedad que se cocina a fuego lento, en su propia salsa deshumanizada...

Y todo siguió igual, igual, igual. Igual siempre a sí mismo. Inmutable. Inalterable. Invariable. Incambiabile. Congelado todo en burocracia. Demostrando, antes que pareciendo. Pareciendo, antes que siendo.

Una mañana de verano, las chicharras ocultas en los árboles, preanunciaban con sus rasposos cánticos, una jornada de intenso calor. El playón de estacionamiento, poco a

poco se iba llenando de autos. Los primeros, iban ocupando los espacios bendecidos por la sombra de los árboles. Cuando cerré la puerta de mi auto, algo me llevó a mirar hacia lo más alto.

Dos piernas inmóviles, asomaban de la parte superior del tanque de agua del hospital inmóvil. Las nubes, cruzaban por el cielo azul ventoso y parecían animar de una lenta caída, al frente opaco del edificio. Desilusión óptica que me provocaba mareos, náusea y un vacío amargo, en la boca del estomago...

- *¡Es el loquito del pasillo! ¡Se quiere tirar! ¡Ya se llamó a los bomberos...!* – entre curiosos y excitados, todos los que iban llegando, miraban hacia arriba, cruzándose de brazos. Todos, salvo los que preparaban la cámara de fotos, incluida en sus teléfonos móviles. Alguien me pidió que lo acompañase a la terraza, para evaluar si podíamos hablarle. Corrimos por las escaleras...
- *Hola... ¿Qué té pasa? ¿Cómo te llamas?* – mi voz temblaba y me faltaba el aire. Busqué no acercarme de golpe, de no empujarlo con un “acercamiento” brusco. Tenía una camiseta de fútbol, de la cual le dije que yo también, era simpatizante.

Me miró a los ojos y luego de unos instantes de duda, me dijo que se llamaba Rogelio. Me tranquilizó, que por propia iniciativa se corriese unos centímetros hacia atrás, del borde de la cornisa. - *¡Estoy podrido de todo, “tordo”...!* – comenzó a hablarme, con un tono de tristeza marchita, escondiendo sus lágrimas - *Mi vida, ya no tiene sentido... Quiero dejar de sufrir. ¿Para qué le voy a hablar, de la estupidez de mi existencia? Nadie me habla; todos me ignoran. Soy como un fantasma y, a pesar de que no soy malo... estoy a nada de suicidarme.*

- *No tenés derecho a suicidarte; Aprende a perdonar y sobre todo, a perdonarte. No hay liberación más grande, que el perdón. Nada es peor para la cabeza y para el cuerpo, que la culpa y la crítica que te convierten, en juez y cómplice de lo que te disgusta. Culpar a los demás, es no aceptar tu vida.*
- *¡Pareces un cura...! ¡Déjame en paz, me quiero suicidar!* – y ya no me miraba. Miraba al vacío y reacomodaba su cuerpo en la cornisa. Distante, se escuchaba la sirena de los bomberos.
- *No tenés derecho...*
- *La vida no me aporta alegría y me siento hastiado. He intentado re-encontrar mi energía interior, créeme que lo he hecho, pero no fue suficiente. La vida me sigue mojando los cigarros. Y bueno, la vida a veces da y a veces quita. Te dejo porque estoy aburrido. He vivido suficiente. Quedate vos en esta dulce cloaca. Yo me voy por este camino, de acceso a la nada – y empezó a inclinarse hacia delante, mirando el precipicio que se abría delante de él.*
- *¡Para, para!... Simplemente estás deprimido, como lo puede estar cualquiera. ¿No piensas que alguien puede sufrir mucho, por lo que querés hacer...? –* todavía los bomberos, no se habían hecho presente en la terraza y yo, empezaba a sentirme muy solo.
- *¡Lo tuve todo, todo, y estoy agradecido! Pero desde los siete años que odio a la gente. Y no me sigas “jodiendo”, “tordo”. Tengo derecho a suicidarme. Soy dueño de mi vida y de mi muerte ¿Por qué no? Dentro de un rato, ya me habré suicidado — ¡al fin!— sin que nadie pueda impedírmelo. Gracias por tus intenciones, “tordo”. Te agradezco... desde lo más profundo de mi ardiente estómago nauseabundo -* ahora miraba al cielo, y se hamacaba en un vaivén, que desafiaba al peligro.
- *Si preferís morir, para dejar de sufrir, te digo que sufriendo es cuando se llega más hondo; por eso prefiero sufrir y ser profundo, antes que ser un idiota feliz –* por el rabllo del ojo, divisé a los bomberos que aparecieron sigilosamente. Uno

de ellos me hizo un gesto con la mano delante de su boca, indicándome que siguiese hablando. Otro, estaba atado en su cintura con una gruesa sogá...

- Mirá, “tordo”... *bajo el efecto de las drogas, no te importa nada. Solo querés conseguir esa paz, que no se consigue en estado normal. Flaco, la vida me llegó a los pies y me dejó sin alma. Me hubiese gustado, morirme con un veneno en mi plato favorito... pero, después de todo, suicidarse como sea, es la mayor de las libertades...*

Lo agarraron desde atrás. Yo cerré los ojos... pero Rogelio, ni siquiera los sintió acercarse. Cuando volví a mirarlo, tenía colocado un chaleco de fuerzas – *Objetivo reducido y controlado...* - transmitió por radio, uno de los bomberos. – *Me cortaron las alas, “tordo”...* - alcanzó a decirme con una mueca triste, desde atrás de sus amarres, cuando pasó a mi lado.

Yo lo presentía. Lo visité dos veces en el Neuropsiquiátrico adonde lo internaron. Nueve meses después, escapó. Se arrojó ante el paso de un tren, en el metro. En su zapatilla, dejó una carta dirigida a mí, que la policía me acercó. Cada vez que pienso en él, recuerdo la respuesta que le dio la sociedad: “*Objetivo reducido y controlado*”. Su carta la guardé en un diccionario, entre las paginas donde decía que “*reducir*”, es “*sujetar a la obediencia; disminuir, aminorar*”. Y que “*controlar*”, es la “*acción de ejercer el dominio sobre algo o alguien*”

“*La sociedad, está bien. El ‘colifato’, soy yo...*”, me dijo en su última carta (...) “*pero no nací para vivir, reducido y controlado*” (...) “*me voy ‘tordo’, porque la vida me duele demasiado...*”

... Fin...